

Círculo Polar.

II

MI habitación en el Hotel Windsor se componía de una recámara, una salita y un cuarto de baño, todo en el interior del edificio. A mi derecha Juan José Bar ocupaba un cuarto largo y estrecho y a mi izquierda el Sr. Romero Rubio otro semejante. De manera que yo estaba como Cristo..... entre dos amigos. Ese invierno de 77 fué terrible e ineluctable. Durante los meses de Enero y Febrero permanecimos en rigurosa clausura, no siendo suficientes por la noche, para calentarnos, ni los pouches calientes que bebíamos flameando, ni las llamas de la chimenea, de continuo alimentadas. El grál. Escobedo era el único que salía de cuando en cuando, no obstante que una vez volvió con las orejas y vertas por el frío. E imaginamos

nuestra congoja cuando, aterrados por la frialdad, veíamos sobre la mesa del comedor inmensos farros con trozos - ¡qué digo trozos! - montañas de nieve; verdaderos icebergs que parecían desprendidos de las regiones polares. Sólo verlos me causaba escalofrío; y para remachar el clavo un negrito que me acercaba ofreciéndome un vaso de agua tremendo, casi del tamaño de mi sombrero, en cuya agua cristalina flotaban gigantescos témpanos de nieve... Horrescos preferens.

El 5 de Febrero acordamos celebrar con un banquete los funerales de la Constitución de 57. En un gabinete reservado del restaurant, nos reunimos las personas siguientes: el Consul Navarro, Don Francisco Frevino Canales, Escobedo, Romero Rubio, Bar y el que esto escribe. Habíamos acordado, por respeto a la posición oficial

del Sr. Navarro, no hablar de nada que se relacionara con la política de México. La comida tenía simplemente un carácter nacional, comida de hermanos en extranjero suelo. El menú, desde la sopa hasta los postres, estaba compuesto de platillos mexicanos. El Sr. Consul, si ha olvidado el idioma español, no ha podido olvidar la cocina mexicana: en su casa tiene metates, molcajetes, comales, jarros, cazuelas, etc. etc. Esa batería puede rivalizar con las mejores de la cocina azteca. Hastiados de los horribles condimentos yankees, nos estremecíamos de culinario placer al ver sobre la mesa la humeante sopa de tortilla, los huevos rancheros con rajas de queso, los chiles rellenos, el mole de guajolote, las calabazas guisadas, los frijoles y las enchiladas, merendando sus lacrimas embalsamando la atmósfera Sólo faltaba

el pulque Oh! Patria! Cuando mis ojos se perdieron de vista, te vuelvo a encontrar en mi corazón.

Si, en aquellas cuatro paredes estaba la Patria ausente: a la puerta la bandera mexicana formando un cortinaje; en el centro de la mesa un gran ramo confeccionado con flores mexicanas (obsequio de la Sra. Calales) nos traía a la memoria ese delicioso Valle de México, descrito con tan esplendentes colores por el eminente Prescott. A la hora de los postres, más de una lágrima abullantó las pupilas: los ojos de Baz, áridos y burlescos de continuo, se había humedecido. El Sr. Romero Rubio lloraba, y leyó conmovido una carta de su señora esposa, y yo mismo me veía arrastrado en aquella corriente de sentimentalismo tardío. El Sr. Navarro se levantó llamado por sus deberes consulares;

cuando él se hubo retirado, ya pudimos hablar libremente sobre política y disertar sobre la Constitución que glorabamos. El Sr. Romero Rubio pronunció un brindis a mi salud, brindis que conservo en la memoria, si no en su forma, si en sus ideas. Decía así:

— Señores: así como la palabra revanche está en boca de todos los patriotas franceses, la palabra restauración debe ser pronunciada por todos los mexicanos. Y quien dice restauración, dice libertad, honradez, ley y patriotismo. Un concurso de fatales circunstancias nos ha arrojado de la Patria: confieso que esa expatriación tiene algo de humillante, no precisamente para nosotros, sino para el pueblo que la ha consentido. No debemos avergonzarnos de la revolución, que todos los pueblos tienen sus revoluciones, sino del hombre des-

108
preciable que la encarna. La vida de ese pueblo uniformado ha sido una constante acechanza para las libertades públicas. Alguna vez en el seno de la Cámara se me apercibió su cabeza en medio de una oposición furibunda y arrojando las consecuencias de ese acto. Y Porque el Sr. Díaz estaba fuera de la ley, no como rebelde político sino rebelde contra la propiedad, la vida y tranquilidad de los mexicanos. Yo brindo, Sr. Presidente, porque muy en breve México arroje de sí ese fragor de bandidos, que como perros en la melena del león arteca, chupen su sangre impunemente. Ustedes dispensarán al Sr. Rubio la impetuosa declamatoria de ese grito de guerra, pero como todo brindis dicho al calor de la mesa, tenía que ser más imaginativo que preceptivo.

- Sospecho, dijo el Sr. Barz, que para quitarle los piojos a ese león hay que matarlo, si no ser que se deje espulgar como el ferrito de Argentina.....

Ese oportuno chorro de agua, apagó las palabras de fuego del Sr. Romero Rubio.

x
x x

Entre mis visitantes más constantes, más desesperadamente constantes, se encuentra el Sr. Francisco Treviño Canales, estimable y muy divertido Señor. Viaja por diversión, por andar muchas tierras, (como dicen los jalapeños). Es un rancherito... nada tonto, pero muy económico. pertenece a ese género de turistas que viajan en 2ª clase en los vapores y en 3ª en los ferrocarriles; que si se sabe ninguna lengua extranjera concluyen por

ignorar su propio idioma y que compran en Europa muchos relojes, grandes cadenas, sombreros de todas formas y colores, corbatas de todos colores y formas, zapatos y bastones de todas suelas y dimensiones.....

- Y que le parece a V. más notable en Paris, Sr. Canales? le preguntaba yo.

La verdad, Sr. Herdo, el jardín de aclimatación, tiene muchos, muchos animales.

- Y de Berlín?

- La cerveza. ; Qué cerveza, Sr. Herdo!

- Y de Londres?

- El río, Sr. Herdo, ; qué río! no se parece al río Bravo.....

- Y de Madrid?

- Los toros, Sr. Herdo, ; qué toros!

Las inevitables visitas del Sr. Canales duran diez mortales horas: a cada cinco minutos saca

un hermoso reloj de oro de repetición,
y consulta la hora. de manera que
en 600 minutos que tienen 10 horas,
miraba el reloj 300 veces. Me decía
con frecuencia:

- Sr. Herdo, yo le regalaría a Ud.
este reloj con mucho gusto, pero es
un recuerdo de familia.....

- No hombre, muchas gracias.....

Se anuncia y se retira sonando
la cadena..... En este momento
llega..... tin, tin, tilin, tinn, tinnn.....

Multum in parvo.

III

A muchos sorprenderá la ra-
pidez y concisión con que voy tra-
zando mis **MEMORIAS**, y tal vez
esperaban de mí un tomo luminoso
a la usanza de D. Matías Romero,
cuajado de datos estadísticos y de notas
oficiales y oficiosas, o un libro cómico
al estilo de D. Guillermo Prieto, lleno
de rapsodias poéticas y oliendo a fri-
turas. No, no ha sido mi intención
semefante cosa. Acumulo estas im-
presiones y recuerdos para que
sean leídos - si alguna vez se publicaren -
por la juventud de mi país, esa juven-
tud sin padres, o mejor dicho, cuyos
padres se han corrompido y desmo-
nalizado al contacto de uno de los
despotismos más vergonzosos que registra
la historia de la América Latina. Así,